

***Rostros criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana.*** / Gonzalo Portocarrero. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004, 313 pp.

Esta breve reseña quiere saludar el *Bildungsroman* de un crítico literario, es decir, el que paso a paso vamos percibiendo en un libro reciente del autor: *Rostros criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana*. Aunque con formación y práctica docente en Sociología, en este trabajo Portocarrero se centra en la vuelta del sujeto «después del auge de las nociones de causa y estructura». Ahora bien, a nosotros, más que discutir puntualmente las ideas sobre las obras o autores seleccionados en este libro, lo que nos interesa fundamentalmente es la carpintería crítica de Gonzalo Portocarrero, es decir, sus criterios literarios.

Así las cosas, encontramos en este crítico una actitud ecléctica: «[...] pese a que mi objetivo sea propiamente sociológico será inevitable hacer un recorrido por la filosofía y el psicoanálisis, e, incluso, por la mitología y la recolección de testimonios». Con ello, sin embargo, y muy sugestivamente, no excluye la instancia personal; por ejemplo: «Desde el punto de mi experiencia vital, creo que la generación a la que pertenezco no pudo y no quiso ver el mal. Esta ceguera resultó del deslumbramiento producido por el proyecto moderno y su vástago, el socialismo». Es decir, aunque atento en todo su discurso al cambio o al mejoramiento social, su actitud general es básicamente no fundamentalista. Esto se refleja, además, en sus fuentes bibliográficas, puntos de vista variados —u opuestos a veces— que el crítico pone en diálogo. Ahora bien —y este es un punto sumamente importante—, el autor no solo trata de dialogar con los profesionales del pensamiento —aquellos inmersos en la tradición occidental a la que pertenecen—, sino que incorpora también el legado tradicional-popular sobre estos temas. Es decir, el pensamiento de Portocarrero, al mismo tiempo que atento a lo cosmopolita, está enclavado en un lugar y tiempo específicos: el Perú de hoy.

De un autor como Juan del Valle y Caviedes, resalta: «[...] baste decir que me entusiasma de Caviedes su atrevimiento, su apuesta por el humor, su no estar tiranizado por la pretensión de coherencia». Sin embargo, tal vez lo más enjundioso que observamos de la crítica de Portocarrero a lo largo de su trabajo sobre la obra de aquel satírico de la Colonia sea lo siguiente:

Es cierto que Caviedes no hace un esfuerzo explícito por comprender a sus otros subalternos. No obstante, es claro que su crítica al poder y la riqueza, y su simpatía por los pobres lo acercan a la humanidad de los marginados. Caviedes es un peninsular acriollado y pobre; es también un artista por vocación elegida.

Escribe desde el margen y desde allí ve el centro. Y lo que él ve es una copia inauténtica de un mundo que ni siquiera en su veracidad original vale la pena.

Frente a la obra y figura de Mario Vargas Llosa, —a propósito de *La fiesta del chivo*— podemos decir que admira de modo explícito al mundialmente famoso narrador porque justo con esta obra aquel ha vuelto «[...] a la gran literatura, ese arte rebelión que explora los escondrijos de la vida humana». Al respecto, Portocarrero apunta comentarios tan finos como el siguiente: «La impotencia de Trujillo [ante Urania Cabral, y poco antes del atentado que le costará la vida] es el reencontramiento con su humanidad rechazada en nombre de su endiosamiento. [...] El autor logra dar rostro humano al monstruo. Transgrede los estereotipos con sus intuiciones. Crea un mundo convincente, poblado de personajes verdaderos, hasta en su (in)humanidad profundamente humanos». Es decir, ni Portocarrero ni Vargas Llosa cultivan una escritura mecanicista. En última instancia, entre la serie literaria y la serie social existen siempre refracciones, extrañamientos o paradojas.

En su análisis de *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, señala lo que para la crítica literaria aún está pendiente o se inscribe en una agenda de lo utópico. Hablándonos en esta novela de los «Claroscuros del padre Linares», Portocarrero nos dice: «Según William Rowe, en *Los ríos profundos*, Arguedas logra la “hazaña” de traspasar al español la sensibilidad quechua». La tarea pendiente de la crítica sería, entonces, retraducir —en términos rigurosos o analíticos— esta previa versión de la literatura.

Por último, los capítulos nueve y diez —«Luces y sombras de la vida social peruana» y «Hacia la (re)construcción de un concepto de cultura y de crítica cultural» respectivamente— son aquellos en los que el autor revela al lector el meollo de sus presupuestos como crítico literario. Debemos puntualizar la advertencia de Portocarrero de que no debemos pasar del esencialismo económico a otro tipo de esencialismo. En otras palabras, como nos expone el autor:

Bien se entiende la excitación por explorar el continente nuevo, abierto por la crítica al naturalismo biologicista o economicista. El mundo de lo simbólico es ciertamente fascinante. Pero, si no lo relacionamos con otras esferas de la realidad, volvemos, o mejor, no hemos salido nunca, de una metafísica simplista y reductora, de las explicaciones únicas, de las causalidades contundentes. El reto es razonar la complejidad [en términos de Edgar Morin] entendida como una situación donde hay varias clases de fenómenos que son irreductibles entre sí.

A saborear todo esto nos ha llevado, siempre de modo paradójico, *Rostros criollos del mal*. Ni elitismo ni relativismo en el concepto de cultura, parece ser la fórmula de Gonzalo Portocarrero: «El elitismo tiende hacia la jerarquización y ne-

---

gación del otro. El relativismo, mientras tanto, lleva al nihilismo, a la imposibilidad de juicios morales y estéticos [...] a convertir la moral y la estética en una cuestión de preferencias». Obviamente, la intención didáctica está remarcada aquí; pero — como en todo el libro— también lo están la obsesión por el conocimiento y el regocijo a partir de ese conocimiento. En todo caso, en cuanto a la crítica literaria, mediante esta última cita se plantea el espinoso tema de la valoración. Advertirnos que la labor del crítico no consiste únicamente en describir, sino que debe también enjuiciar, tomar partido por una u otra estética, por un determinado perfil ideológico. El trabajo intelectual es siempre es una cuestión de autoanálisis o franqueza en el ejercicio del saber, dimensión de lo personal que también ha sido abordada por este nuevo y cabal crítico literario peruano.

*Pedro Granados*  
*Universidad Nacional Mayor de San Marcos*